

MERCEDES GALLEGO



Operación Maletín

Saga Candela Luque

Mercedes Gallego
OPERACIÓN MALETÍN

© Mercedes Gallego

Diseño de portada: Mercedes Gallego

Diseño de marca: Elena Blanco Moleon

Agradecimientos:

A Blanca Miosi, por sus oportunos consejos sobre el comienzo de la novela y la corrección de estilo y a la doctora Francesca Bou, entrañable amiga, que lee con paciencia cada uno de mis manuscritos.

Prólogo

Inicio esta colección de novelas para resaltar una figura desaparecida e ignorada por la historia; me refiero al Grupo Experimental de Policía Femenino. Se creó a partir de un llamamiento del Ministerio de la Gobernación en el año 1975 a todas las mujeres administrativas que formaban parte de él, con el fin de « ver si la mujer servía para policía ». Así estaban las cosas.

Cuando salieron de la Escuela de Policía, que en aquellos tiempos estaba en Madrid, exactamente en la calle Miguel Ángel número 5, una treintena de mujeres se hallaban dispuestas a poner en marcha el experimento, aunque las circunstancias que envolvieron al país silenció su trabajo y el tiempo se encargó de borrar también su existencia.

Los meses de formación, en los que no faltaron las clases de judo, defensa personal y tiro, amén de un cuerpo teórico que incluía el Código Penal, La Ley de Enjuiciamiento Criminal y cuantas hacían relación al trabajo policial, hicieron de ellas unas profesionales que, si bien adolecían de una práctica cotidiana en las labores policiales, aportaban la ventaja de una nueva savia sin los tics autoritarios e ideológicamente viciados de sus compañeros de trabajo.

Según pude saber por alguna de las protagonistas, la ideología brillaba por su ausencia, porque todas procedían de la derecha franquista, que en su momento se había encargado de ahuyentar de la mujer cualquier tentación de adquirirla. Eran jóvenes para las que el enemigo común era el delincuente y el asesino, su máximo exponente. La ma-

yoría, por no decir todas, también compartían una sensibilidad hacia el trato que recibía la mujer por parte de la policía, no hay que olvidar que ellas trabajaban dentro y en alguna ocasión lo habían sufrido. Eran feministas pero no lo sabían. Así estaban las cosas en la policía en los primeros meses de 1976, momento en el que arranca la serie.

En ella no pretendo hacer una crónica histórica del momento, que de eso ya se encargan otros con mejor criterio, pero es inevitable resaltar algunos comportamientos que, no por sabidos, son menos deleznable, y como novela policiaca, deben estar presentes.

La protagonista es una mujer reconocible en la historia porque como ella, miles nacían y crecían en familias de la derecha adinerada, y que debido a su sexo, ni siquiera podían considerarse franquistas, puesto que la ideología no era una disciplina que formase parte de su educación, si no era a partir de hechos tan manidos como estar en casa antes de las diez, guardar la moral (sexual, por supuesto) y vestir con « decoro ». Como vemos, todo gira en torno al cuerpo, al que había que mantener « puro y virginal », pero nadie se preocupó de su ideología, dando por supuesto su adhesión a los famosos principios, que para mi protagonista, no eran tan fundamentales.

Candela Luque es emigrante en Cataluña procedente de una Andalucía que buscaba nuevos horizontes fuera de las fronteras marcadas por Despeñaperros. La mayoría abandonaba su pueblo buscando oportunidades laborales, no así ella, que solamente huía del yugo paterno, de la falta de pequeñas libertades como eran la elección de los amigos, la profesión, las lecturas e incluso, la forma de vestir. Una rebeldía que no estaba teñida por ningún color: ella no era ni « roja » ni « azul », solo era una mujer con una inquietud sin forma, que más tarde se convertiría en una lucha que aún no ha terminado. Una lucha por la igualdad.

Desde esta perspectiva, y con la ilusión de conseguir el propósito, nace este grupo de novelas en las que la ima-

ginación sustituye a la historia porque los personajes se encargan de vivirla, acoplados a los moldes de la época. El hecho de que el escenario sea Barcelona añade un factor diferente al resto del estado: el nacionalismo.

Tampoco en este sentido hago leña del árbol caído, porque este no es el propósito de mis novelas, pero eso no quiere decir que se obvie porque siempre ha estado presente en la vida cotidiana de Cataluña, más allá de las reivindicaciones de los líderes políticos.

Mercedes Gallego

Capítulo 1

Viernes, 18 de junio de 1976

Apenas hacía dos horas que había ocupado su nuevo destino en el Grupo de Homicidios. Eran más de las doce; permanecía en su mesa tratando de leer la prensa, impaciente por empezar su trabajo, cuando el jefe del grupo, Andrés Salgado, irrumpió en la sala. Era la única que estaba allí, por lo que el inspector, tras titubear unos instantes, se le acercó. El inspector jefe ya sabía que la aspirante a policía se había incorporado al grupo aquella misma mañana.

—Candela, ponte en marcha, que nos vamos. En el hotel Oriente se han cargado a una chica. Vas a debutar con un crimen « calentito » .

La cara de Candela se iluminó; por fin iba a trabajar de policía y nada menos que con el jefe de grupo. Mientras recogía su bolso y metía en él una libreta para anotar todo lo que viese, siguió a su jefe. Caminaba con la cabeza alta, desafiante y muy contenta.

Era cerca de la una; Salgado se disponía a hablar con el director del hotel cuando aparecieron tres inspectores de la comisaría del distrito reclamando la investigación del caso alegando que el hotel pertenecía a su comisaría. Salgado discutía con ellos, cuando entraron otros dos funcionarios del grupo de Atracos de la Jefatura, porque alguien les había dicho que en el Oriente se había perpetrado un robo.

Los policías armados que acompañaban a los inspectores, seis en total: dos de la comisaría del distrito, dos que habían acompañado a los del grupo de Atracos y dos que

Salgado decidió llevar, observaban la situación sin intervenir en la refriega que se había formado para reivindicar la propiedad de la víctima. La discusión se zanjó con la llegada del comisario Vinuesa, jefe de la Brigada Regional de Investigación Criminal, que dejó claras las competencias al Grupo de Homicidios señalando a Salgado como responsable. A regañadientes, los perdedores abandonaron el hotel ante la mirada atónita del director que albergaba serias dudas sobre la idoneidad de aquellos policías para esclarecer lo sucedido en la habitación 218.

—¿Quién les ha dicho a estos que vengan? —quiso saber el comisario Vinuesa.

—No lo sé, comisario. Nosotros desde luego que no. Ha debido ser de la centralita, ya sabe usted cómo son.

—Está bien, está bien... ¿Y vosotros qué? ¿Habéis llamado ya al Gabinete? Los únicos que deberían estar aquí, no aparecen. ¡Esto es la hostia, joder!

—No señor, no los he llamado; con la que se ha montado aquí y tanta gente pues...

—¿Y a qué esperas? Vamos, llama de una puta vez.

Precedido por el director, Salgado se dirigió al teléfono para llamar al Gabinete. Acto seguido, ordenó a los policías armados que no dejaran entrar ni salir a nadie. Candela iba tras él sin decir nada observada por los empleados de la recepción, que se preguntaban quien sería la mujer rubia con pinta de alemana que seguía como un perrito faldero al policía de la melena.

Los inspectores del Gabinete de Identificación hicieron acto de presencia con sus maletines, la cámara de fotos y su aire de superioridad habitual, poco tiempo después de llamarlos. El hotel se encontraba en una zona céntrica, en la ramblas de Barcelona, a pocos metros del liceo y relativamente próximo a la Jefatura de Policía.

—Supongo que no habéis tocado nada —fue lo primero que dijo el inspector del Gabinete.

—¡Pero qué vamos a tocar si ni siquiera hemos visto a la víctima!

—¿Qué no la habéis visto? ¿Y si no está muerta, qué? ¡joder con vosotros!

Salgado que había tenido que lidiar con limpiar aquello de policías, fulminó al del Gabinete con la mirada.

—Esperábamos que vinieras tú que sabes tanto, no fuésemos a estropear algo. Así, si no encuentras nada, como siempre, no tendrás a quién echar la culpa.

Candela, que permanecía al margen, pensaba que con la cordialidad reinante en las relaciones, no era de extrañar el escaso éxito de la investigación policial. Se limitaba a mirar a unos y otros, impaciente por intervenir.

—Tú, acompáñame. Vamos a la habitación —fueron las amables palabras que le dirigió su jefe.

Los huéspedes, confusos y asustados, se concentraban en la recepción; algunos ocupaban los sillones cercanos al ventanal desde el que se veían las Ramblas, custodiadas por policías armados y la guardia urbana, que había cortado el tráfico sin conseguir parar el trasiego de gente atraída por el morbo. Alguien se había encargado de contar lo sucedido: «han matado a una mujer en una habitación del hotel», murmuraban los enterados. Los clientes pretendían salir del hotel sin conseguirlo porque el inspector Salgado lo había prohibido tajantemente. Uno de los empleados permanecía frente al mostrador de recepción protestando por la situación a la que se creía ajeno. Salgado, con la placa en la mano se abría paso entre el gentío que abarrotaba el hall.

—Policía: dejen paso por favor. Policía...

Candela seguía a su jefe con el semblante serio, presa de un nerviosismo que no lograba identificar. Hasta aquel momento su trabajo se reducía a vigilar políticos. Nunca había visto un cadáver, y la idea de enfrentarse a un muerto sobrecogía su ánimo, por más que tratase de mostrarse in-

diferente. El director los condujo a la habitación dispuesto a entrar con ellos; el jefe de Homicidios se lo impidió.

—Estamos en el escenario de un crimen. No quiero ver por aquí a nadie que no sea del Gabinete.

—Pero... —intentó razonar el director.

—No hay peros que valgan. Usted espere aquí y tenga cuidado de que no entre nadie —vamos, Candela.

—Eso puede hacerlo un botones —respondió airado el director—, si no le importa, yo tengo cosas más importantes que hacer que vigilar la puerta.

Salgado lo miró de arriba abajo y se dio la vuelta sin contestar. El director se quedó vigilando.

Cuando por fin entraron en la habitación 218, el temblor se apoderó de Candela. Quería caminar hacia el cuerpo de la mujer que yacía al fondo de la habitación, pero era incapaz de hacerlo. Las arcadas le impedía tragar saliva y sus brazos temblaron cuando quiso llevarse las manos a la boca.

—¿Nunca has visto un muerto? —preguntó Salgado.

—Yo... la verdad es que no. No pensé que me iba a impresionar tanto. Espera, voy a beber un poco de agua.

—¡No! —Salgado dio un grito.

—¿Qué pasa?

—Aquí no toques nada. Si quieres agua baja al bar.

—¡Qué dices! Si está todo tirado, yo solo iba a abrir el grifo del lavabo y beber un poco.

La habitación parecía un campo de batalla. Quien quiera que fuese había revuelto absolutamente todo: el armario abierto de par en par se hallaba vacío y la ropa esparcida por el suelo mostraba signos de haber sido registrada. Los cajones de las mesillas de noche volcados en el suelo, lo mismo que el de la mesa auxiliar situada a los pies de la cama. El relleno de las almohadas cubría la moqueta como si fuesen enormes copos de nieve recién caída. El contenido del bolso de la víctima también se hallaba esparcido por el suelo; la cama en la que yacía la mujer se en-

contraba revuelta con las sábanas tiradas sobre su cuerpo, que lo cubría apenas.

—No importa, nunca debes tocar nada en el escenario de un crimen hasta que los del Gabinete terminen y el juez haya autorizado el levantamiento del cadáver. ¿No te lo han enseñado en la Escuela?

—Solo iba a beber agua. Es igual, ya se me ha pasado la sed. ¿Y yo qué hago?

—Mirarlo todo a ver si hay algo que pueda interesar para decírselo a los del Gabinete.

Ellos se afanaban en buscar huellas, rastros de lo que había ocurrido allí, cualquier cosa que pudiera facilitar alguna pista. Por no tener, no tenían ni siquiera la identificación del cadáver; uno de los funcionarios procedió a tomar las huellas digitales a la víctima que, en la cama, ajena al tra-siego, continuaba la puerta. Los funcionarios revolvían entre el caos buscando cualquier detalle que pudiera proporcionarles información. Hallaron un ticket del *Drugstore* entre los restos del relleno esparcido de las almohadas y lo guardaron como prueba. Correspondía al zapatero instalado dentro del recinto comercial.

—El que robó el contenido del bolso lo ha hecho para no dejar rastro de su propietaria —apuntó uno de los funcionarios del Gabinete.

—Ya. Y para arrear con lo que pudiera —respondió otro.

—¿Habéis llamado al juez? —preguntó el inspector jefe Salgado, mientras echaba una ojeada general a la habitación.

—Sí, nos han dicho en el juzgado que no tardará. Mientras vamos a hacer fotos de todo. Oye, fíjate aquí, en la marca del cuello. Parece que la han estrangulado, pero lo raro es que no presenta signos de lucha. A lo mejor estaba durmiendo cuando la mataron.

—Eso ya lo dirá el forense. Vosotros mirad por aquí a ver si encontráis la documentación y podemos saber quién

es. Yo me voy a la recepción a buscar la ficha de Hospederías.

Salgado salió al pasillo donde esperaban el director y la empleada que había encontrado el cadáver. El primero, con evidentes señales de impaciencia, y ella, con la mirada perdida en un punto inexistente. Antes de descender por las escaleras, el jefe de Homicidios volvió a entrar en la habitación como si hubiese olvidado algo; fue directamente al balcón que daba a la calle calculando la posibilidad remota de que el asesino hubiera entrado por allí, porque las puertas no estaban cerradas del todo; el gancho del pasador sujetaba las dos hojas dejando una ranura para la entrada de aire. Miró al exterior midiendo con la vista la distancia hasta la calle; no era posible, pensó. La habitación estaba en un segundo piso con principal y, en una calle siempre concurrida como las Ramblas, habría llamado la atención. Al mirar hacia arriba vio dos hileras más de balcones idénticos al que se encontraba. Volvió a salir de la habitación.

—¿Quién ocupa las habitaciones del tercer piso?

—No lo sé, podemos comprobarlo inmediatamente. El recepcionista nos lo dirá.

—Pues vaya a enterarse, y de paso pida la ficha de la huésped de esta habitación. No aparece su documentación y necesitamos saber quién es para notificarlo a la familia.

Benito, el director, no estaba acostumbrado a recibir órdenes y, torciendo el gesto, comenzó a bajar las escaleras, además, sabía que la ficha de la chica no iba a aparecer porque no se había hecho. No las hacían de cada uno de los que entraban, como ordenaba la ley; siguiendo sus instrucciones, y para ahorrar el pago de tasas por viajero, cuando entraba un grupo de personas solo se hacía de uno o dos de ellos.

Candela permanecía mirando a la víctima sin decir ni hacer nada. La presencia del cadáver la tenía hipnotizada y no era capaz de apartar los ojos de los de la muerta, que parecían mirarla pidiéndole explicaciones. El inspector Sal-

gado que se daba cuenta de lo impresionada que se encontraba, intentó echarle una mano sacándola de allí.

—Anda, vete a la recepción y pide tú la ficha a ver si aparece el nombre y la dirección de la víctima.

El director volvía a subir las escaleras a toda prisa y se cruzó con Candela.

Cuando estuvo de nuevo junto a Salgado, se apresuró a explicar al policía:

—Nadie, Inspector. La habitación de encima está vacía y la de su derecha la ocupa desde ayer un matrimonio inglés. En cuanto a la ficha de la chica... verá inspector, como iba a estar toda la semana, pues... el caso es que lo fuimos dejando y está sin hacer.

—¿Qué dice usted? ¿Que no le han hecho la ficha? ¿Que lleva aquí varios días y no le han hecho ficha? Le aseguro que aunque sea lo único que pueda hacer por la víctima, a usted esto le va a costar el puesto. Me encargaré personalmente, puede estar seguro.

Salgado estaba enfurecido por el asunto de las fichas. Miró a Candela que regresaba, y antes de que ella abriera la boca le puso el ticket del zapatero del *Drugstore* en una mano y en la otra un zapato con señales evidentes de llevar recién clavado el tacón

—Vete a ver si averiguas algo con esto.

Candela lo cogió sin saber muy bien qué era lo que el inspector esperaba que consiguiera. Salgado, como si leyese sus pensamientos, le dijo enseñando los dientes:

—Te llevas el zapato y el ticket, vas allí y le preguntas al zapatero si ayer arregló este zapato a una mujer, le describes a la chica, no es que puedas decirle mucho: pelo castaño, con los ojos del mismo color, de mediana estatura, peso normal... vamos, corriente, pero eso sí, con un zapato roto; mira a ver si te enteras de la hora que fue, si iba sola... en fin, lo que se te ocurra. De momento es lo único que tenemos.